

“ ¡Qué pocas veces el hado
Que dice desdichas miente,
Pues es tan cierto en los males
Cuanto dudoso en los bienes !”

CALDERON DE LA BARCA.
“La Vida es Sueño.”

I

OH mar del Sud que en sueños siempre veo,
Aunque á pisar llegué jamás tu orilla!
Cuando elevas tu voz, hácenme oilla
Desde aquí mi ilusion y mi deseo.

Cantando estás al ínclito Europeo
Descubridor de tu onda que al sol brilla,
Y el primero en sulcarla en frágil quilla,
Con tu enojo luchando nuevo Anteo.

Y si segar en flor lograron fieras
Bajeza y ambicion y envidia extrañas
La vida que tú mismo le consientes,

Ora duermas tranquilo en tus riberas,
Ora el Olimpo asaltes, sus hazañas
Te oyen narrar atónitas las gentes.

II

Ya las nocturnas sombras han subido
 A la cumbre más alta de los Andes
 Que erizan el Darien, y allí sus grandes
 Alas pliega el condor adormecido.
 De los negros pinares sale á veces
 Con el rumor del ábrego el aullido
 Del lobo americano. En la meseta
 Más cercana á la cumbre, en torno al fuego
 De agonizante hoguera, grupo humano,
 Barbado el rostro, la mirada inquieta,
 La espada al cinto, el arcabuz á mano,
 Vela ó descansa. El Jefe en pié se pone,
 Alto, membrudo, jóven todavía;
 Rojo el cabello, reposado el aire
 Y benévolo al par, y en labio y frente
 El valor, la constancia, la energía
 Y el don de mando: á la callada gente
 Dice: "Al punto á dormir, que con el alba
 La cima escalarémos." Y obediente
 La turba de guerreros se recoge
 Bajo sus toscas mantas; y así agrega
 El Jefe, cual consigo hablando: "Alcance
 A ver el nuevo ponto, y de mis días
 Dispon, Dios de mis padres!" "Aun te aguardan
 Vida, combates, gloria, exclama un viejo

Que le acompaña siempre, Micer Codro,
 El italiano astrólogo. ¿Descubres
 Junto á Sirio esa estrella que hácia el Norte
 Brilla con viva luz? Cuando, tras larga
 Revolucion, llegare á inverso punto
 Tendrás, si no me engaña la alta ciencia,
 En peligro la vida; mas no ántes
 Ni despues, si salvares." A su acento,
 Recostado allí cerca, oído atento
 Presta, al viejo y al Jefe de hito en hito
 Viendo, ya con sorpresa, ya con odio,
 Aunque disimulado, Garabito.

III

Duermen ya todos. La ardorosa mente
 De Vasco Núñez no descansa empero,
 Y los varios sucesos de su vida
 Con claridad le representa el sueño.
 Pobre el hogar, aunque en blasones rico,
 En que nació en Jerez miró primero:
 Las ondas del Atlántico que sulca
 Viniendo con Bastida al Mundo Nuevo:
 Las erizadas costas do más tarde
 Cartagena ofreció seguro puerto:
 La Española gentil do en Salvatierra
 Hacienda de labor fundando luego,

Halló desalentado y temeroso
 Ser mayores sus deudas que sus medros:
 De la turba fatal de acreedores
 La dureza, la injuria y el apremio:
 El congojoso afán con que les huye
 Pasando en un tonel, cual vino añejo,
 A las naves de Enciso que partian
 Hacia el Sur; la sorpresa, el descontento,
 La ira del Bachiller cuando en mar alta
 Aquejado de sed, beber queriendo,
 Ve salir del tonel en vez de vino,
 Al confuso entumido caballero.
 Manso y razonador le aplaca éste,
 Y útil le fué más tarde su consejo
 Cuando en San Sebastian —nueva colonia
 Que se debió de Ojeda al noble esfuerzo—
 La expedición del Bachiller hallóse
 Sin derrota, ni víveres, ni aliento.
 “Yo conozco el Darien, Vasco les dijo,
 Pues le vi con Bastida: en él tendrémos
 No solo pan, mas oro en abundancia;
 Os serviré de guía: vámos presto.”
 Siguenle todos: en combates rudos
 Con el salvaje audaz que unge en venenos
 El pedernal de sus temidas flechas
 Y á quien el español lanza sus perros,
 Vencieron á Zemaco, el gran cacique
 Del territorio de Darien, poniendo

A la villa que fué Santa María
 Entre los bosques lóbregos cimienta.
 Se alza allí con el mando Vasco Núñez;
 Pero de Enciso al par deja en el seno
 La semilla del odio que más tarde
 Trájole en fruto angustias y tropiezos.

IV

Capitan general es ya, y domina
 A émulos y enemigos. Va sediento
 De oro, á buscarle en Coyba: su cacique
 A dos exploradores europeos
 Dando hospitalidad, mostró provistos
 De su familia y tribu los graneros:
 Vienen ingratos ambos ante Vasco
 Y del indio denuncian el secreto.
 Recibe á Vasco Núñez y su hueste
 Con amistad, regalos y festejos;
 Pero se niega á darles provisiones
 Pretestando lo malo de los tiempos.
 Vasco del pueblo retirarse finge;
 Mas vuelve á media noche y en silencio
 Y al indio, á sus mujeres y á sus hijos
 Sorprende en su mansion y pone presos.
 Extraídos mirando sus tesoros,
 De ira y duelo el cacique llora á un tiempo;

Mas trae á la más jóven de sus hijas,
 A Careta gentil, indiana Vénus
 En cuya frente y ojos aparecen
 La modestia, el recato, el dulce fuego
 De una alma generosa á amar nacida,
 De un corazon al par alzado y bueno;
 Y entregándola á Vasco: "Ésta, le dice,
 Esposa fiel te seguirá, guerrero,
 Como rescate de su padre anciano
 Si aceptas mi amistad."— "Aliado tengo,
 Que no cautivo en tí," Vasco responde,
 Y la callosa mano estrecha al viejo.

V

Para sellar las ajustadas paces
 Salen juntos en armas sobre Ponca,
 Mandarin belicoso, y á Comagra
 Visitan que es amigo del de Coyba.
 Regía el tal Comagra ancha llanura
 A cuya extremidad se alza orgullosa
 En el Darien la principal montaña
 Señoreando la comarca toda.
 El cacique con siete de sus hijos,
 El mayor de los cuales casi asombra
 Por su audacia y despejo, á los aliados
 Sale á encontrar con la posible pompa.

Los lleva á su mansion, vasto edificio
 Que labradas maderas ricas forman
 Con bajos y altos, y en redor un muro
 De piedra azul protege. Inmensa copia
 De la carne de ciervo al humo puesta,
 Yuca, maíz, bebidas espumosas
 De los jugos de palmas y raíces
 En unas piezas vieron: hay en otras,
 De los antepasados de Comagra,
 Los suspensos cadáveres ya momias.
 El cacique y sus hijos al hispano
 Obsequian á porfia: polvo y joyas
 De oro le dan, y á los soldados cede
 Cuanto del apartado quinto sobra.
 Gárrula vil cuestion trabaron ellos
 Sobre peso y valor, y aquesto enoja
 Al mayor de los hijos de Comagra
 Que al reparto asistió: con mano pronta
 Da un golpe á la balanza, y esparcidos
 Por mesa y piso van polvos y joyas.
 "Si tras esto venís, dice irritado,
 No así riñais ¡oh gente codiciosa!
 Mostraros hé comarcas no lejanas
 En que abunda el metal que os enamora.
 De esa montaña altiva al lado opuesto
 Hay un extenso mar de azules ondas
 Que del árida cumbre á ver se alcanza,
 Y al que los rios en arenas rojas

VASCO NÚÑEZ

Más oro llevarán que plomo y hierro
 En sus entrañas guarda España toda."
 Escúchale asombrado Vasco Núñez,
 Se le acerca afanoso, le interroga
 Y noticias le arranca una tras una,
 Largo espacio pendiente de su boca.
 El mar existe allí: para tocarle,
 Para llegar á la anhelada costa
 Hay que cruzar los Andes, hay que abrirse
 Paso al través de abetos y de rocas,
 Hay que lidiar con el feroz canibal
 Y afrontar el rigor de ardiente zona.
 ¿A las almas templadas en el fuego
 De fe y valor, fatiga tal qué importa?
 Más allá de los montes y peligros
 Están con ese mar riqueza y gloria.

VI

A acompañarle el jóven se le ofrece
 Franco y leal con escogida tropa
 De los súbditos fieles de su padre:
 Vasco la oferta admite; á Darien torna;
 Mas, ántes, que Comagra y su familia
 El agua baustimal reciban, logra.
 Reprime en la ciudad nuevas revueltas,
 Gente y víveres mándale Española,

DE BALBOA

Y escogiendo á noventa aventureros
 Sanos y de valor, si de faz torva,
 Y juntando á los perros en trailla,
 Apresta un bergantín, nueve canoas,
 Se embarca audaz al empezar Setiembre,
 Navega al Noroeste y vuelve á Coyba.
 Dale el cacique guías y guerreros;
 Deja allí con sus naves gente poca
 De la europea; cántase la misa;
 Pide la hueste en oracion devota
 Buen éxito, y se lanza á las montañas
 En marchas desiguales y penosas.
 Rápida y tierna fué la despedida
 De Vasco y de Careta, quien se arroja
 En los brazos del Jefe. Garabito
 Pérfido inútilmente la enamora;
 Núñez lo advierte y le amenaza airado,
 Y él vengar se promete su deshonra.

Van al través de bosques y malezas,
 Y el pueblo al invadir que rige Ponca,
 Huye éste con sus hijos; mas le traen
 De Vasco á la presencia: allí, tras corta
 Plática en que benévolo el hispano
 Afecto y voluntad al indio roba,
 Le confirma el cacique la existencia
 Del mar, y gente y víveres le apronta.

Mas ¡ay! cuánto de afán y pena y lucha
 Les reserva su empresa! Aterradoras
 Les opone el salvaje sus guerrillas,
 Su limo apesador lagunas hondas,
 Sus intrincadas lianas y bejucos
 Y serpientes las selvas; sus copiosas
 Aguas los roncros rios que atraviesan
 En toscas balsas, faltos de canoas;
 Sus tormentos el hambre y sed más tarde;
 Los peñascos sus crestas cortadoras,
 La noche sus escarchas que entumescen,
 Su rayo á plomo el sol. Unos se ahogan
 De la ardiente armadura bajo el peso;
 Otros, presa de fiebres perniciosas,
 Abandonados son; mas la columna,
 El puñado de gente á quien no doma
 Naturaleza agreste en sus dominios,
 Siguiendo á Vasco Núñez de Balboa,
 A la postrer meseta llega al cabo;
 De la cumbre final queda á la sombra.

VII

¡Siglo admirable en fe, vigor y arrojo!
 ¡Siglo á la España de Isabel propicio!
 Si triunfante la Cruz brilla en Granada,
 El ibero no cabe en sus dominios.

En carabela frágil sale en busca
 De otro mundo que en sueños ha entrevisto:
 Las tempestades lánzanle á sus playas
 Do no le asusta sed, hambre ó martirio;
 Do su fuerza en eterna lid no agota;
 Do á veces inhumano, á veces pío,
 Con la espada y la Cruz venciendo siempre,
 A su afán de riqueza inmola al indio,
 Explora tierra y mar, funda ciudades,
 Y desde el Bravo helado al Hornos ígneo
 Congrega tribus, pueblos y naciones
 Bajo una sola fe y un cetro mismo.
 Siglo de cuya mezcla de oro y cieno,
 De codicia y valor, sombras y brillo,
 Cienos y sombras guardando y agotados
 Valor y fe, se burla nuestro siglo!
 Si éste, con el esfuerzo de los otros,
 En medios poderoso, en ciencia rico,
 Hondas simas salvando, hendiendo cumbres,
 Talando selvas, subyugando rios,
 A la vírgen América ya oprime
 La cintura gentil, de gracias nido,
 En ceñidor de hierro que, rivales
 En poder y extension, riqueza y brío,
 Besa desde Colon rudo el Atlántico
 Y desde Panamá besa el Pacífico;
 Si aquesto la orgullosa edad presente
 Con los tesoros de las otras hizo,

VASCO NÚÑEZ

Qué su empresa valdrá junto á la empresa
Que entusiasmado cánto en pobre ritmo?

VIII

Allí está Vasco Núñez, si al cansancio
Y al sueño el cuerpo lánguido rendido,
Firmes velando el alma y la memoria
Que sucesos repasan peregrinos.
Cuando la blanca luz del alba tiñe
Con claridad incierta el agrio pico
A cuyo pié acampó, despierta al Jefe
Su perro vigilante, Leoncillo,
En marchas y combates compañero,
Batallador infatigable él mismo,
Y en cuya piel, que es de oro y azabache,
Rastro dejó la flecha de los indios.
En pié está Vasco. —“¡Sús! ¡La gente arriba!”
Grita con voz sonora. “Al rayo limpio
Del sol que va á nacer, á nuestros ojos
Ha de mostrarse el piélagos no visto.”
Y trepando por rocas aceradas
Con manos y con piés, sobre el abismo
De peñas y de bosques en que muge
El viento matinal entre los pinos;
Bañadas en sudor las rojas frentes,
Sin aliento los pechos no vencidos,

DE BALBOA

Vertiendo sangre las heridas manos
Que se adhieren cual pulpos á los riscos,
Palpa la turba el árida eminencia,
Y de victoria y júbilo da un grito
Que hace al condor tender sus grandes alas
Por el espacio, abandonando el nido.

IX

Vasco Núñez allí sube el primero,
Y alto junto á la roca hace su gente:
Se le anublan los ojos al guerrero,
Casi le ahoga la emoci3n que siente.

Del sol al rayo en el ambiente puro,
Solo de oro y azul ve espacio inmenso;
Luego á sus piés el peñascal oscuro;
De abetos más allá círculo denso;

Verdes llanuras, cándidos palmares,
El lago inmóvil, el undoso río;
El humo que corona los hogares
En uno y otro indiano caserío.

Y más allá y al fin. . . . ¡Dios poderoso!
Vasta pella de plata que se funde

VASCO NÚÑEZ

Al sol y con el cielo esplendoroso
En lejano horizonte se confunde;

Pielago nunca visto, cuyas ondas
No agotará la sed de las edades
Del universo; en cuyas grutas hondas
Duermen quietas las roncadas tempestades;

De la brillante fábrica celeste
Bruído y vasto y digno espejo solo;
Gigante que á dormir en el Oeste
Se ha tendido de un polo al otro polo,

El Pacífico surge! En su entusiasmo
Cae en la roca Núñez de rodillas,
Con voz interna en reverente pánico
Alabando de Dios las maravillas.

Su sueño se ha cumplido; su deseo
Ve coronado; lo demás ¿qué importa?
Es el primer intrépido europeo
Que fija en ese mar la vista absorta!

¡Es su descubridor! Llama á su gente
Y le señala el pielago lejano,
Y en arenga, si rápida, elocuente,
Las creces pinta del poder hispano,

Las creces de la Fe, cuya alba pura
Brilla sobre magníficas regiones;

DE BALBOA

Y allí su gente al abrazarle jura
Seguir hasta la muerte sus pendones.

De su monarca en nombre y con voz clara
Núñez de costa y mar se posesiona,
Y el sacerdote humilde Andrés de Vara
Himno de gratitud férvido entona.

La turba que los cerca se prosterna
Acompañando el cántico cristiano
Que en honda y poderosa voz eterna
Áun repite al Criador el Océano.

X

Sí: desde allá, al Oeste,
Muestra sus ondas graves
Tersas cual limpio espejo
Cuando se aduermen suaves

Las matinales brisas
Que del Oriente van;
O en lúgubre cortejo
Subiendo procelosas
Hasta anegar las Osas,
Si con sus alas negras
Le agita el huracán.

VASCO NÚÑEZ

En vasta superficie
Ya plácido retrata
De la naciente luna
La bella luz de plata,
La púrpura de Tiro
Que á el alba es arrebol;
O se ennegrece pronto
Si nube espesa y bruna
Tiende entre cielo y ponto
Sus formas gigantescas,
La luz robando al sol.

Cuando tranquilo duerme,
Miramos en sus grutas
Y entre sus selvas largas,
Inmóviles é hirsutas,
El nácar de la perla
Y el risco del coral.
Despierto, en su camino,
Sus ondas más amargas
Ver dejan al marino
Manta redonda, horrible,
Ballena colosal.

Solos rivales dignos,
Fuertes como él y grandes,
Se ostentan á su lado
Los ponderosos Andes

DE BALBOA

Que en Magallanes surgen
Y erizan el Darien.
¿Qué mucho que la espalda
Celosos le hayan dado,
Y con su inmensa falda
Al mar de Atlante opuesto
El Amazonas den?

El mar del Sud en pago
A esos gigantes muestra,
Rugiendo á su pié mismo,
Su cólera siniestra
Que al Tequendama asusta
Que se despeña allá.
Si altísimo es Sorata,
Hondísimo es su abismo,
Y un dia en catarata
Con aguas de su fondo
La cumbre anegará.

Mas duérme hora cual niño
El lidiador gigante
Sin que aún sus olas rinda
Del fiero navegante
Que desde Europa llega
Al lino y al timon.
De sus intactos senos

VASCO NÚÑEZ

Con la riqueza brinda,
Con sus espacios llenos
De luz, á quien desvelen
La gloria y la ambicion.

Y el cántico repite
De aventurero rudo,
Y de sus quietas olas
En el brillante escudo
Al vencedor ofrece
Magnífico pavés.
Alzadas en él fueron
Las huestes españolas
Que un Mundo descubrieron
Y al Nuevo y al Antiguo
Miraron á sus piés.

El cántico repite
Del grupo que acompaña
A Vasco venturoso:
Repite ¡gloria á España!
Repite ¡gloria al digno
Feliz Descubridor!
Y con su voz potente,
Ya en ira, ya en reposo,
Cantando eternamente,
Del Septentrion al Austro
Repite ¡gloria á Dios!

DE BALBOA

XI

Para marcar el sitio desde donde
El anhelado piélago descubre,
Vasco manda cortar un alto pino
Que, ya en forma de cruz, planta en la cumbre.
Luego descende hácia la costa; lidia
Con las tribus que el paso le interrumpen;
En Cheapes se detiene, guías toma
Y oro en tributo y dádivas reune.
Su teniente Pizarro á la ligera,
Con hueste armada solo de arcabuces,
A través del bosque se adelanta
En busca de la playa; y aunque ruge
El mar de allí no léjos, como el norte
Entre lóbregas selvas en Octubre,
Al salir á escampado encuentra inmenso
Llano de arena, en vez de ondas azules.
En él en seco yacen dos piraguas
Cuyo destino al español se encubre.
Mas, á poco, bramando en la marea
Cual irritado mónstruo que no sufre
Cadenas y las rompe, llega el ponto
Con rapidez insólita; en volubles
Olas de hirviente espuma anega el llano
Y á los oteros inmediatos sube.

Flotan ya las piraguas y las montan
 Con firme decision y raudo empuje
 Martín Alonso y luego Blas de Etienza,
 Los primeros á ser que este mar sulquen.

XII

De su teniente al recibir las nuevas,
 Sale de Cheapes Vasco hácia la playa:
 Síguete el grueso de la hispana gente,
 Y el cacique y sus indios le acompañan.
 Halló que el Océano en su descenso
 Retiróse á dos millas de distancia,
 Y en toda su extension, que hace horizonte,
 No alcanza á descubrir vela ó piragua.
 Bajo los altos árboles que bordan
 De la eminencia próxima la falda,
 Inquieto, en peñas áridas sentóse
 Aguardando la vuelta de las aguas.
 Como las vió llegar impetuosas
 Un momento despues, sacó la espada,
 Empuñó la bandera que en sus pliegues
 De Castilla y Leon lleva las armas,
 Y penetró en el mar, dando sonoros
 Vivas á Don Fernando y Doña Juana.

Recordando la fiesta religiosa
 Del dia, "San Miguel" al golfo llama:
 Quiere reconocerle ya mediado
 El tormentoso Octubre que desata
 Con su aquilon las olas mal dormidas
 Engendrando, tal vez, negras borrascas;
 Y el cacique de Cheapes el peligro
 Le advierte, mas con él audaz se embarca
 En frágenes canoas, que cual secas
 Hojas el mar ya abisma, ya levanta,
 De entre erizadas rocas y arrecifes
 Por voluntad de Dios saliendo salvas.
 A isla desierta llegan en la noche
 Y sus canoas en los bordes atan
 Y suben á dormir en el seguro
 De las que pueden ver rocas más altas.
 Y no bien su vigor en el regazo
 De benéfico sueño restauraban,
 Cuando llega invasora la marea
 Cubriendo la isla toda y á la barba
 Da á los hombres en pié; morir creían,
 Pero á muy poco el mar se aquieta y baja.
 Se hallaron á otro dia desolados
 Sin vestidos ni pan, rotas sus barcas;
 Infúndeles aliento Vasco Núñez,
 Con yerbas y resina las reparan,
 Y en ellas retroceden y del istmo
 Logran tocar la conocida playa.